

## DISCURSO DEL DR. ATILIO DELL'ORO MAINI

*Excelentísimo Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, representante del Poder Ejecutivo de la Nación;\**  
*Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Primado;\*\**  
*Excelentísimo Señor Ministro de Justicia de la R. de Chile;\*\*\**  
*Señor Intendente Municipal;\*\*\*\**  
*Señores Embajadores y Ministros;*  
*Reverendo Padre Provincial;*  
*Reverendo Padre Rector del Colegio del Salvador;*  
*Reverendos Padres;*  
*Señoras y Señores:*

Este acto, merced al prestigio y la autoridad de los oradores que ocuparán luego la tribuna, no hubiera necesitado más para colmar la expectativa que despierta; pero el significado de su celebración, la intención implícita que lo mueve, exigen una palabra breve —síntesis cabal si me fuera posible— del homenaje ofrecido, en estos días conmemorativos, a los beneméritos maestros del Colegio del Salvador, a cuyo amparo nació y vive la Academia, acogiendo, año tras año, el caudal de sus exalumnos. En el seno de las reuniones como en el espíritu de sus trabajos resuena siempre una voz, múltiple y dispersa, en la que se vuelca —confusa o distinta— la vida de aquellos que desfilaron por estas aulas y que hoy vuelve al recuerdo con la pesada carga de las alegrías y las

---

\* General de Brigada Dn. Elbio Carlos Anaya.

\*\* Mons. Dr. Dn. Santiago Luis Copello, arzobispo de Buenos Aires, Primado de la República Argentina.

\*\*\* Dr. Dn. Oscar Gajardo Villarroel.

\*\*\*\* General de División Dn. Basilio B. Pertiné.



penas, las experiencias, fracasos y triunfos, para dar substancia de filial respeto y de ilimitada gratitud a quienes durante siglos elaboraron, en la fidelidad a una doctrina y a un amor, la conciencia moral de incesantes generaciones.

El júbilo que excita en nuestras almas el 75º aniversario de la fundación del colegio tiene relación, en cada uno de nosotros, con nuestros íntimos recuerdos, con la evocación de los maestros cuyos nombres murmuran secretamente los labios agradecidos, pero, también, abarca círculos más extensos, felices de comprobar la continuidad y perseverancia de una labor educativa tan meritoria y excelente. El acontecimiento, pues, excede la medida de un simple aniversario, grato exclusivamente a quienes concierne de una manera directa y personal, porque la existencia prolongada de un centro de estudios de tanto prestigio irradia su luz sobre la inteligencia del país; y su significado se acrecienta cuando se medita en que es fruto dilecto de la acción de la Compañía cuyo celo, en los albores virreynales, bautizó a la Patria, dándole desde los primeros latidos del ser el signo distintivo e imborrable de su tradición y de su ímpetu. Al contemplar estos largos años, repetición de otros más distantes, iguales en mérito por su vigor constructivo, vislumbramos la fisonomía auténtica de la Nación y afirmamos el valor actual de una experiencia educativa que se impone con la serena belleza de la verdad.

Este pensamiento implica, señores, y ubica en su verdadero valor el acertado decreto del Poder Ejecutivo al otorgar a este colegio el estatuto jurídico de su particular autonomía, decisión de singular eficacia civil que a todos colma de alegría y celebramos, más que como un privilegio de favor como un acto de justicia, cuya virtud, si bien no alcanza a la plena y libre aplicación de los métodos clásicos que hicieron célebre en el mundo entero la pedagogía de la Compañía, tiene el mérito de dar categoría oficial, dentro del régimen de planes vigentes, a un Instituto de probada responsabilidad por la severa disciplina de la enseñanza, el celo de su dirección y la ciencia de sus maestros. No podía cerrarse con más acabado broche esta larga etapa ni abrirse bajo mejores auspicios la nueva era.



Permitidme, excelentísimo señor Ministro que, en instante tan solemne, os exprese en vuestro carácter de representante del Poder Ejecutivo, la unánime alabanza de este concurso y la gratitud del colegio: vuestra decisión interpreta la voz austera de la Historia y, por lo que concede como por lo que traduce, estimula y concilia las más nobles esperanzas de la Patria.

De nuestra parte nos ha parecido que la forma más acertada de conmemorar tan esclarecido suceso consistía en exponer, por los labios de un jesuíta insigne, el método esencial de la pedagogía empleada en la enseñanza de estos maestros, de la cual nutrióse la formación inicial de la inteligencia argentina y cuyos valores es oportuno recordar en estas horas nacionales de recuperación y porfiada virilidad. Honramos la tribuna de la Academia con la presencia del Reverendo Padre Laburu y honramos al colegio con la meditada ponderación de sus métodos y enseñanzas.

Nosotros queremos dar a este acto, como clara interpretación de nuestro homenaje, un preciso significado civil, porque no somos ciudadanos indiferentes ante el porvenir de la Patria ni queremos pecar de inconsecuencia con nuestras propias convicciones. La educación de esta casa, aparte de su método pedagógico, de su empeño en robustecer la autoridad familiar cuya colaboración cultiva e interpreta, de su constante fervor patriótico, se caracteriza por su doctrina católica, integral y auténtica. Como argentinos, queremos que esta doctrina no esté acantonada en los cuarteles de las congregaciones, ignorada y sospechada, sino que sea el fundamento de la educación moral, sin neutralismos incompatibles con una nación que aspira a definirse en su personalidad soberana, respetuosos de la voluntad del padre de familia que obedezca en conciencia a su credo, pero decididos a conservar a este pueblo el sello con que vino a la vida y con el que aspira a ganar su grandeza. Resuena todavía en la conciencia católica una frase, neta y fina como una espada, dirigida al país en el manifiesto de las fuerzas armadas el 4 de junio —sobre la escuela sin Dios y la juventud privada de Cristo— bellamente explicada por el excelentísimo señor Presidente en su



discurso de la víspera de julio y de la que me pareció traducción concreta y ejemplar las palabras pronunciadas por el señor Ministro de Instrucción Pública, hace pocos días, al pie de la estatua del Gran Capitán, al señalar la lección suprema de su vida. Esa es la misma doctrina educativa que dictó al pueblo nuestra primera Junta de Mayo, al proferir el grito libertador, en un documento cuya herencia no podemos declinar sin renegarla.

Los exalumnos que nos sentimos dichosos de habernos formado en las aulas del Colegio del Salvador decimos, de esta manera, nuestra palabra de conmovida gratitud y elevamos a Dios este anhelo esperanzado de argentinos dispuestos a jugarla por el porvenir grande de la Patria.

*Señor Ministro de Instrucción Pública:*

Vuestra palabra honrará esta fiesta; sois el intérprete autorizado de la gratitud argentina. De vuestra parte constituye un acto de singular benevolencia que adquiere, a través de vuestra alta investidura, civil y militar, un alcance que nos place reconocer y ponderar. Aceptad la expresión de nuestro reconocimiento y los votos que formulamos por el éxito de vuestra difícil y encumbrada función. Os invito a ocupar la tribuna de esta Academia.

**A T I L I O   D E L L ' O R O   M A I N I**